

Apiano

Guerras Ibéricas Aníbal

Introducción, traducción y notas
de Francisco Javier Gómez Espelosín



Alianza editorial

El libro de bolsillo

Primera edición: 2006
Segunda edición: 2016

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth
Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeran o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© de la introducción, traducción y notas: Francisco Javier Gómez Espelosín, 2006
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2006, 2016
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15;
28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-9104-456-7
Depósito legal: M. 18.089-2016
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

- 9 Introducción, por Francisco Javier Gómez
Espelosín
- 51 Bibliografía fundamental
- 57 Nota a la segunda edición

- 61 Guerras Ibéricas

- 197 Aníbal

1. La cadena montañosa de los Pirineos¹ se extiende desde el mar Tirreno² hasta el océano septentrional, al oriente de ésta habitan los celtas, que ahora se denominan gálatas y galos³, y al occidente los iberos y los

1. La referencia a los Pirineos es la forma que tiene Apiano de introducir el marco geográfico en el que va a desarrollarse su historia de la conquista de la Península Ibérica. Utiliza la misma designación de la cadena montañosa que aparece en Aristóteles (*Meteor.* 1, 13, 350 B) frente a expresiones más frecuentes en época imperial, como *Pyrenaion oros*, *Pyrenaei montes* o *Pyrenaeum iugum*. Apiano comparte todavía la creencia errónea en la orientación norte-sur de los Pirineos que prevaleció al menos hasta tiempos de Augusto. Sobre los Pirineos puede verse el trabajo de F. Beltrán Lloris y F. Pina Polo, «Roma y los Pirineos», *Chiron* 24, 1994, págs. 120-123.

2. Con este término los griegos designaban la parte más septentrional del Mediterráneo occidental, tomando dicha denominación de los habitantes de la región septentrional de Italia, los etruscos, a los que se denominaba en griego «tirrenos».

3. Apiano menciona aquí los dos nombres dados a los habitantes celtas situados en la Francia actual y el norte de Italia: «gálatas» en griego y «galos» en latín, reflejando de esta forma su condición de individuo situado entre los dos mundos, el griego y el romano, que constituían desde hacía tiempo el mismo universo político, así como la dualidad inevitable de sus fuentes de información.

celtíberos, que comenzando a partir del mar Tirreno se extienden en forma de círculo a través de las columnas de Heracles hasta el océano septentrional⁴. Así Iberia está bañada por mar por todas partes, salvo por los Pirineos, los mayores de los montes europeos y casi los más elevados de todos. De este periplo, se realiza la travesía del mar Tirreno hasta las columnas de Heracles, pero no se cruza el océano occidental y septentrional, salvo la travesía en barco hasta los britanos, y eso dejándose llevar con ayuda de la marea. La travesía supone medio día⁵, y las restantes partes del mar ni los romanos ni los pueblos sometidos a los romanos lo intentan por este océano⁶. El tamaño de

4. Como ha señalado Paul Goukowsky, *Appien*, págs. 97-98 n. 5, es muy posible que Apiano tuviera ante la vista un periplo de Iberia bien en forma de texto o de forma más gráfica, en el que quedarían reflejadas las costas tanto mediterráneas como atlánticas de la Península.

5. Apiano compartía la creencia errónea durante gran parte de la Antigüedad acerca de la posición de la Península en una latitud más septentrional de la que ocupa en la realidad, motivo por el cual se creía que estaba más próxima de las costas meridionales de Inglaterra.

6. Apiano se hace aquí eco del que podríamos denominar «síndrome de los terrores del océano exterior», característico de toda la tradición geográfica antigua, y que reaparece en obras tan tardías, aunque con rasgos pretendidamente arcaizantes, como la célebre *Ora Maritima* de Avieno. Acerca de esta percepción del océano, J. S. Romm, *The Edges of the Earth in Ancient Thought*, Princeton, 1992, págs. 20 y ss., y B. Cunliffe, *Facing the Ocean. The Atlantic and its Peoples*, Oxford, 2001, págs. 1-18. Sobre la posición de Apiano dentro de la tradición geográfica griega y el mantenimiento de cierto arcaísmo en su obra en este terreno, F. J. Gómez Espelosín, «Apiano y la antigua tradición geográfica griega», *Geographia Antiqua* VIII-IX, 1999/2000, págs. 15-24.

Iberia, llamada ahora Hispania en lugar de Iberia por algunos⁷, es grande e increíble para tratarse de un solo país, cuya extensión es de diez mil estadios⁸ y cuya anchura equivale a su longitud. La habitan numerosos pueblos con muchos nombres distintos y fluyen también por ella numerosos ríos navegables⁹.

2. Sobre quiénes parece que fueron los primeros en habitarla y los que la ocuparon después de aquéllos, no me satisface en absoluto ocuparme de estos asuntos, dado que me propongo escribir tan sólo la historia de los romanos, salvo manifestar mi parecer de que fueron los celtas quienes, después de haber atravesado en un tiempo los Pirineos, se establecieron junto con los habitantes originarios, por lo que a partir de aquel entonces surgió el nombre de celtíberos¹⁰. Me

7. Esta duplicidad de nombres —el término griego «Iberia», que Apiano utiliza a lo largo de toda su obra, y el latino «Hispania», usado por los romanos— refleja de nuevo la propia dualidad del autor y de sus fuentes. Acerca del significado originario de ambos términos, M. Bendala, *Tartessos, iberos y celtas. Pueblos, culturas y colonizadores de la Hispania antigua*, Madrid, 2000, págs. 145-151.

8. En torno a los 1.800 km.

9. Apiano condensa toda su descripción geoetnográfica de la Península con estas afirmaciones de carácter genérico, a pesar de que ya aparecían mencionados numerosos etnónimos en la obra de carácter mitográfico de Heródoro de Heraclea, en el siglo V a. C., y más recientemente en la geografía de Estrabón, en el siglo I a. C., que concedía igualmente una especial atención a los nombres y descripción de sus ríos. Sobre el desinterés de Apiano por la geografía, Gómez Espelosín, «Appian's Iberike», págs. 405-406.

10. El nombre de «celtíberos» no parece ser anterior a Polibio en el siglo II a. C. Probablemente designaba a los celtas que habitaban en Iberia. La vieja idea, corriente en los antiguos manuales de la Historia Antigua española, acerca de la fusión de celtas e iberos como origen

parece también que los fenicios, que desde hacía mucho navegaban frecuentemente hacia Iberia con fines comerciales, habitaron alguna parte de ella¹¹, y de igual modo los griegos, cuando se dirigieron por mar hacia Tartesos y hacia su rey Argantonio¹², también

del nombre arranca de Diodoro de Sicilia en el siglo I a. C., o quizá de su fuente de información, Posidonio de Apamea, que explicaba dicho nombre como el resultado de la reconciliación entre los celtas invasores y la población local, sellada con *epigamias* o matrimonios concertados entre unos y otros. Sobre el significado del término, F. Burillo, «Celtiberia y celtíberos», en A. Jimeno (ed.), *Celtíberos. Tras la estela de Numancia*, Soria, 2005, págs. 61-72.

11. La presencia fenicia en la Península aparece atestiguada al menos desde el siglo IX a. C., si bien es posible que los contactos y relaciones con sus costas meridionales se remonten todavía más atrás. Véase al respecto la autorizada monografía de M. E. Aubet, *Tiro y las colonias fenicias de Occidente*, Barcelona, 1994. Un balance historiográfico de la cuestión en J. L. López Castro, «La colonización fenicia en la Península Ibérica: 100 años de investigación», en J. L. López Castro (ed.), *La colonización fenicia en el sur de la Península Ibérica. 100 años de investigación, Actas del Seminario. Almería, 5-7 de junio de 1990*, Almería, 1992, págs. 11-79. Más recientemente, S. Celestino y C. López Ruiz, *Tartessos and the Phoenicians in Iberia*, Oxford, 2016.

12. Constituye la figura mítico-histórica más emblemática del extremo Occidente en el imaginario griego. Aunque aparece mencionado por primera vez en las historias de Heródoto, a mediados del siglo V a. C., es muy posible que fuera ya conocido en los medios griegos en época arcaica a juzgar por las referencias de Anacreonte a la longevidad del monarca de Tartesos, una de las características, junto a su destacado sentido de la hospitalidad, que menciona Heródoto al referir su encuentro con los foceos (I, 163). Seguramente constituía ya por entonces el símbolo fundamental de la legendaria riqueza del lejano Occidente. Es probable que el nombre haga referencia a más de un solo personaje histórico, ya que el término parece un epíteto griego formado sobre una raíz cuyo significado sería algo así como «el de la tierra de plata» con el que se denominaría a una serie de monarcas que habrían ejercido el control político sobre el reino del sur peninsular. Al respecto puede verse R. Olmos, «Los griegos en

algunos de ellos se establecieron en Iberia¹³. Pues el reino de Argantonio se hallaba entre los iberos y me parece a mí que Tartesos era entonces una ciudad marítima, la que ahora se llama Carpesos¹⁴. Y el santuario de Heracles el de las columnas, me parece a mí que fueron los fenicios quienes lo fundaron; todavía incluso ahora se celebran las prácticas religiosas al

Tartesos: una nueva contrastación entre las fuentes arqueológicas y las literarias», en M. E. Aubet (ed.), *Tartesos. Arqueología protohistórica del Bajo Guadalquivir*, Sabadell, 1989, págs. 495-518, y Bendala, *Tartesos*, págs. 81-82. Recientemente, puede verse el catálogo de la exposición *Argantonio rey de Tartesos*, Madrid, 2000. También A. Padilla Monge, «Algunas notas sobre la figura de Argantonio y sus elementos míticos», *Archivo Español de Arqueología* 87, 2014, págs. 7-20. En general, S. Celestino Pérez, *Tartesos. Territorio y cultura*, Barcelona, 2016.

13. Sobre la presencia griega en la Península Ibérica pueden verse las síntesis más recientes a cargo de P. Rouillard, *Les Grecs et la Peninsule ibérique du VIII au IV siècle av. J. C.*, París, 1991; A. Domínguez Monedero, *Los griegos en la Península Ibérica*, Madrid, 1996, y P. Cabrera Bonet y C. Sánchez Fernández (eds.), *Los griegos en España. Tras las huellas de Heracles*, Madrid, 2000; *Los griegos en España. Tras las huellas de Heracles*, Madrid, 2000; A. Domínguez Monedero, «Greeks in the Iberian Peninsula», en G. R. Tsetskhladze (ed.), *Greek Colonisation. An Account of Greek Colonies and Other Settlements Overseas*, vol. I, Leiden-Boston, 2006, págs. 429-505.

14. El lugar es desconocido y responde quizá a una conjetura del propio Apiano, aunque podría reflejar también la ciudad de Carteia, situada en las proximidades de Algeciras, con la que se identificaba Tartesos en época imperial en contra de quienes se inclinan por la actual Cádiz. El origen de la confusión podría hallarse en el hecho de que Calpe, uno de los dos montes situados a ambos lados del estrecho que habían sido identificados con las célebres columnas de Heracles, fue también identificada con Tartesos y en época romana parece que fue anexionado al territorio de Carteia. Sobre el lugar, L. Roldán Gómez y M. Bendala Galán, «Carteia. Ciudad púnica y romana», *Revista de Arqueología* 183, 1996, págs. 16-25.